

TERESA CARPENTER

# La chica de la mafia

Una mujer en el mundo del hampa

Traducción de Ángela Esteller García



**Duomo ediciones**

Barcelona, 2021

## Introducción

Cuando a primera hora de aquella tarde llegué al apartamento de Arlyne Brickman, las cortinas estaban corridas, y tras ellas, el brillante sol tropical dejaba la habitación en una especie de crepúsculo perpetuo. Todo estaba perfecto, impoluto y ordenado, como si fueran los aposentos de una monja. La única evidencia de vida era una librería de cristal que albergaba tres volúmenes: *Wiseguy*, *Donnie Brasco* y *Mob Star*. En la cocina reinaba la misma austeridad, excepto por un ramillete de crisantemos violetas.

–¡Son preciosos! –comenté, acariciando uno de los pétalos.

–Teresa –respondió Arlyne–, ¿no sabes que las putas viejas siempre tienen flores frescas para sentirse limpias?

Sonreía de oreja a oreja.

Cuando mi rolliza y pelirroja anfitriona se califica a ella misma de «puta», lo hace de un modo literal. Durante algún tiempo trabajó como acompañante bajo la tutela de una meretriz de Manhattan. Sin embargo, durante nuestro primer encuentro, en julio de 1988, comprendí que también utiliza dicha crítica cruel y autoinfligida de forma más universal, con el sentido de que ha vivido una vida ajena a la tiranía de la reputación. En el mejor y en el peor de los sentidos del término, Arlyne Brickman es una criminal.

La célebre señora Brickman me había llamado la atención poco antes aquel mismo verano, cuando empecé a oír las his-

torias de sus aventuras en el mundo del hampa de Nueva York. No se trataba únicamente de una «princesa de la mafia», hija de un extorsionista judío del Lower East Side con buenas conexiones. Ni tampoco de que solo estuviera «casada con la mafia» por sus asociaciones carnales con un buen puñado de gánsteres. Arlyne se había convertido por derecho propio en mafiosa y se había introducido en los implacables bajos fondos dominados por los hombres, primero como recadera y después como propietaria de un floreciente negocio de apuestas. Más tarde, por miedo, por venganza y por poder, se convirtió en confidente. Durante más de una década llevó encima micrófonos de la policía de Nueva York y Nueva Jersey, así como los de algunos organismos federales, incluido el FBI. Sus misiones de vigilancia de la familia Colombo culminaron en 1986 con la condena de uno de los principales lugartenientes de Carmine Persico.

Veinticuatro meses después, a la edad de cincuenta y cuatro años, Arlyne decidió que había llegado el momento de inmortalizar sus hazañas en un libro. Por suerte, la idea de una primera persona y un escritor por encargo no se incluía entre sus favoritas. Lo que tenía en mente era un autor independiente con carta blanca para escribir un libro sobre ella. Resultó que Arlyne, sorprendentemente, demostró un sofisticado instinto editorial e intuyó que el relato sería más creíble si se presentaba bajo aquel formato.

En una primera instancia, contactó con mi marido, un reportero de investigación y escritor, quien, después de hablar con ella por teléfono, quedó fascinado por su historia. «Aunque me parece que es más de tu estilo», dijo, volviéndose hacia mí. Se refería a mis diez años como reportera de sucesos en el *Village Voice*, en los que había llegado a forjarme una carrera en el estudio de chicas malas. En concreto, de aquellas

nacidas en casas «buenas» y con expectativas de clase media, pero que, de alguna manera, se desviaban hacia un camino de crímenes, prostitución y perversidad. Estoy segura de que esta inclinación se cimienta en el hecho de haberme librado «por la gracia de Dios» de tomar ese mismo camino. Aunque eso no es todo. He descubierto que admiro a dichos sujetos de investigación de tan mala fama. En su mayor parte, son mujeres de considerable energía e iniciativa. Pese a su aparente docilidad, Dorothy Stratten, la Chica Playboy cuya corta vida y trágica muerte relaté en 1980 en las páginas del *Voice*, parecía destinada a convertirse en alguien. Lo mismo se podría decir de Robin Benedict, la antiheroína de mi libro anterior, *Missing Beauty*. Benedict se extravió en la órbita de un chulo que advirtió no solo su belleza, sino también su empuje, y la convirtió en una exitosa acompañante. (Dicho empuje tuvo consecuencias letales: Benedict fue asesinada a manos de uno de sus amantes, un eminente biólogo de investigación). Para una mujer, los sótanos del hampa a menudo ofrecen oportunidades que no se encuentran en el mundo normal.

Y eso resultaba de lo más evidente en el caso de Arlyne Brickman.

Desde que tenía doce años, a Arlyne la movió una ambición casi fanática por convertirse en mafiosa. Aunque resulte difícil imaginar que una chica se proponga deliberadamente convertirse en una gánster, quizá sea más sencillo si se entiende el lugar y la época en que la joven Arlyne Weiss pasó sus primeros años. El Lower East Side de principios de siglo era un barrio de poco más de kilómetro y medio cuadrado que albergaba a miles de inmigrantes procedentes del sur y este de Europa. Para la mayoría de los jóvenes de aquel barrio atestado, la búsqueda del sueño americano tomó allí la forma de apuestas ilegales, estraperlo y contrabando. El East Side, por lo tanto,

se convirtió en un refugio de bandidos y, en última instancia, en el lugar de nacimiento de la mafia, tanto la italiana como la judía. Durante la década de los treinta y los cuarenta, el padre de Arlyne hizo fortuna a base de chanchullos, pero su principal anhelo fue que respetaran a sus dos hijas. La menor optó por una vida de rectitud. En su posición de hermana mayor, Arlyne tuvo la oportunidad de hacer lo mismo, pero rehusó y prefirió seguir el ejemplo de su abuela materna, propietaria de una funeraria en el barrio y una mujer de influencia y encanto considerables, que también era la benefactora de una banda de mafiosos que se reunían en su sótano. Se deleitaba abiertamente con la «vida del East Side» y animaba de manera tácita a su nieta a seguir sus pasos.

La imaginación de Arlyne también fue espoleada por las publicidades hazañas de Virginia Hill, la novia pelirroja y extravagante de Bugsy Siegel. Durante su apogeo, Virginia elevó e hizo más sutil el estatus de amigueta de gánster al de celebridad nacional. Un periódico la bautizó como «la mujer con más éxito de toda América». No es de extrañar que la joven Arlyne Weiss no imaginara vocación más elevada que la de novia de mafioso.

La descripción del puesto de trabajo era vaga. Una *mob girl* tenía que ser guapa, puesto que pasaba gran parte de su tiempo sirviendo de «mujer objeto», colgada del brazo de un gánster. Tenía que ser de fiar, puesto que a menudo se la enviaba a hacer recados y a entregar mensajes. Esto era particularmente importante en una época en la que, gracias a que los investigadores federales habían desarrollado una gran habilidad en pinchar teléfonos, las llamadas ya no eran seguras. Oficiar de amante y confidente, una amante *cum geisha* cuya constante compañía proporcionaba al matón cierto alivio de los requerimientos de la vida familiar, a menudo genuinamente tradicional. A cambio de

sus servicios, recibía regalos, estatus y –por lo que Arlyne pudo discernir de las hazañas de su abuela y de las columnas de cotilleos sobre su ídolo, Virginia Hill– respeto.

Antes de cumplir catorce años, Arlyne empezó a frecuentar con aires seductores los bajos fondos, y con veinte, ya se había acostado con más de cincuenta matones del Lower East Side, algunos de ellos mafiosos judíos de su mismo clan. Sin embargo, durante la mayor parte de su vida adulta, Arlyne mostró una marcada preferencia por los hombres de origen italiano, los cuales se encontraban técnicamente fuera de su alcance, lo que los hacía infinitamente más deseables. Siempre consciente de su estatus, amasó una lista de conquistas que incluyeron a Tony Mirra, sicario del célebre Bonanno y, brevemente, a Joe Colombo. Aunque, como la propia Arlyne aprendería durante sus más de treinta años en el mundo del hampa, resultaba considerablemente más sórdido vivir el sueño de ser una chica de la mafia que imaginarlo.

Muy alejados de los personajes idealizados en películas y novelas, los miembros de los grupos mafiosos –tal como se revela a través de la mirada de Arlyne Brickman– son desalmados, frívolos, vanidosos y, a menudo, unos narcisistas homicidas más inclinados a pasar el tiempo con sus compinches que con una mujer. Arlyne juró dejar su vida promiscua en varias ocasiones. En 1957, con veintitrés años, se casó con un peletero apellidado Brickman. Sin embargo, esa unión estalló por los flirteos constantes del marido, además de su tendencia al hurto mayor. Con una hija de poca edad y un espíritu infatigable, Arlyne reanudó su búsqueda destructiva de glamur e influencias solo para acabar violada y molida a palos a manos de unos mafiosos a los que consideraba sus amigos.

La violación marcó en la carrera de Arlyne la llegada de una nueva crueldad, nacida simultáneamente de un deseo de ven-

ganza y de la necesidad de protegerse. Pasó los siguientes trece años de su vida en una relación tormentosa y a menudo violenta con un mafioso genovés llamado Tommy Luca. Durante ese periodo, también se convirtió en «empresaria», dedicándose primero a las apuestas ilegales y después al tráfico de drogas, y mostrando una constante obsesión por el dinero. Fue esa visión cínica del mundo lo que le permitió evolucionar de forma bastante natural hacia una carrera como confidente. La razón principal de aquella traición era obvia. Una pandilla de usureros amenazaba con hacerle daño a su hija y se limitó a acudir a la policía en busca de ayuda. Sin embargo, una vez superado el tabú de haberse convertido en una soplona, descubrió que, en el fondo, disfrutaba.

Desde el primer encuentro con Arlyne, he tenido la sensación de que convertirse en confidente (se indigna ante este término y prefiere el de «colaboradora») fue su manera de vengarse de todas las humillaciones y abusos que sufrió a manos de la mafia. Sin embargo, estoy segura de que esta explicación es demasiado sencilla. Porque Arlyne no solo entregó a sus enemigos al entrar en nómina de los federales, sino que también empezó a proporcionar información sobre viejos amigos. Aquella colaboración le ofreció cosas que no tenía: poder sobre Tommy Luca, capacidad para protegerse y –en particular– cierto rumbo en su vida. No existe evidencia alguna de que se pusiera del lado de la justicia. Arlyne siempre demostró una actitud curiosamente amoral hacia su trabajo para el gobierno. Lo que sentía más bien parece ser cierto orgullo de mercenaria basado en su propia destreza. Y se entusiasmó al hallar traición y engaño a ambos lados de la ley. El hecho de ser confidente le proporcionaba una emoción que adoraba hasta el punto de la euforia. «Algunas personas beben –me dijo una vez–. Otras se drogan. Yo trabajo. Sencillamente, es lo que me llena».

Habiendo reconocido ese amor por la intriga en Arlyne, a menudo recelé de ella. Porque, para ella, como para la mayoría de los confidentes, la manipulación es un modo de vida. Ya en nuestros encuentros iniciales me quedó claro que era una aplicada observadora de la raza humana y que tenía una tendencia a adaptar las respuestas para complacer a su interlocutor. Tras un sencillo vistazo a mis cincuenta kilos de peso y a mi peinado a lo Louise Brooks, concluyó que yo era una «chica elegante» que podría sentirse ofendida por el papel de chica dura y descarada –y en ocasiones obscena– que utilizaba ante los agentes federales. Por consiguiente, sacó otra de sus máscaras, la de cariñosa madre judía. No me opuse, puesto que reconocí que aquel disfraz, como el resto, representaba un aspecto legítimo de su personalidad. Con el tiempo, me los revelaría todos: el de mujer dura, el de metomentodo e incluso el de la tímida «pequeña Arlyne».

Uno de los desafíos durante mi investigación fue llegar al fondo de sus elusivas razones. Si la primera parte de su vida fue poco convencional, al menos se reveló de acuerdo a los dictados de las emociones humanas. Cuando su marido la engaña, busca venganza. Cuando la violan, siente humillación. Por el contrario, el comportamiento en sus años maduros a menudo parece desafiar cualquier análisis. Aunque profesa un gran afecto por su «tío» Paulie Messina, un matón que al parecer la trató con genuina amabilidad, acaba por delatarlo sin pestañear a los agentes de narcóticos. Traba lo que parecen lazos de amistad con esos mismos agentes y, al mismo tiempo, trafica a sus espaldas con Tommy Luca. De hecho, Arlyne parece no sentir lealtad hacia nadie, una observación que, en algunos momentos, me hizo sospechar que fuera una sociópata que nadaba por la vida cual tiburón, estimulando las emociones humanas en beneficio propio. Sin embargo, una mirada cer-

cana a su historia me condujo a la conclusión de que Arlyne sí siente lealtad, aunque sea efímera, a quienquiera que alimente su ego. Cuando Luca es la fuente de afecto y excitación, le es leal; cuando los agentes le ofrecen dinero y atención, es leal a los agentes. Es una respuesta primitiva, pero una que concuerda perfectamente con su naturaleza impulsiva.

Durante los muchos meses que pasé entrevistando a Arlyne Brickman –viendo cómo daba de comer con la cuchara a su perrito faldero, *Lucky*, mientras tejía relatos de intriga– también llegué a la conclusión de que aquella aparente duplicidad era posible gracias a una habilidad extraordinaria para compartimentar. Para ella, resultaba definitivamente posible sentir aprecio por una persona a la que, al mismo tiempo, vigilaba. El aprecio procede de un lado de su naturaleza que se encarga de las cuestiones «personales»; la vigilancia es negocio. Y no permite que las primeras interfieran con lo segundo. Esto, en ocasiones, puede resultar en tragedia. Durante los años en que traficó con drogas junto a Tommy Luca, su hija, que se había rodeado con malas compañías, iba camino de convertirse en una adicta a la heroína. Por mucho que afirmara amar a su hija, Arlyne no dejó el negocio. En muchas de nuestras conversaciones, las drogas se convirtieron en el único tema que Arlyne no estaba dispuesta a tratar. Más allá del hecho de que su participación en el comercio de estupefacientes puso en peligro a su propia hija, Arlyne siempre mantuvo la convicción personal de que las drogas eran deshonorosas. Por lo tanto, había concebido y elaborado un esquema de racionalizaciones para evitar tener que asumir la culpa: en realidad, ella no traficaba. No era una camello, solo alguien que echaba una mano y que, a cambio, conseguía algo de «calderilla» para los gastos de la casa. Pese a que las entrevistas con autoridades y los documentos obtenidos mediante una solicitud presentada en virtud de la Ley de Libertad de Información

indican que Arlyne participó en operaciones de narcotráfico sin que el gobierno lo supiera, su postura parecía ser que, puesto que trabajaba intermitentemente para la DEA y el FBI, cualquier contacto que hiciera –por la razón que fuera– contaba con la aprobación tácita de esas instituciones. Arlyne niega firmemente haber jugado a dos bandas.

Sin embargo, en lo que respecta al relato de los hechos, Arlyne Brickman fue extraordinariamente escrupulosa. Como confidente, siempre se enorgulleció de su profesionalidad al haber proporcionado información de calidad, y para este proyecto aplicó el mismo nivel de exigencia. Cuando le preguntaba algo que no recordaba, su respuesta era siempre la misma: «No lo recuerdo... Y no voy a inventarme nada». (Solo en una ocasión me engañó deliberadamente al sugerir que era la «sobrina» de Meyer Lansky. De hecho, había tejido y refinado aquel mito durante años para mejorar su estatus entre los mafiosos. Y como tal, la consideré una mentira que pecaba más de vanidad que de falsedad). A lo largo de un periodo de dos años, pudimos repasar sus historias muchas veces, y su relato era marcadamente consistente. Me tomé la molestia de contrastar los hechos con miembros de su familia, policía, abogados y agentes federales. En algunos casos surgían discrepancias, y las he anotado convenientemente. Cuando estas se dan, un periodista tiene que decidir a quién creer. En la mayoría de las ocasiones, me he descubierto creyendo la versión de Arlyne. A pesar de sus máscaras y afectación, ella deseaba que este libro sirviera para algo. Y en su relato no ha dejado nada en el tintero –revelando tanto lo feo como lo halagador– para que pueda erigirse como un testamento riguroso de sus hazañas: la vida y época de una chica de la mafia.

*¿Cómo describes a una chica de la mafia? Hay toda clase de chicas de la mafia. Está la chica de la mafia que se acuesta con un tipo y con eso ya se vincula a una pandilla... Está la chica de la mafia que se acuesta con muchos tipos diferentes, y consigue montones de regalos y favores. También estuvo Virginia Hill, una tía que se lo montó a lo grande.*

*Y después estuve yo. Me consideraba por méritos propios una auténtica chica de la mafia.*

ARLYNE BRICKMAN

# Primera parte

## UNO

### *Laberinto de espejos*

Hasta donde alcanza la memoria de Arlyne, cada viernes por la noche la familia Weiss iba a casa de La Abuela. Era una obligación sagrada, una que no podían saltarse en ningún caso. De pequeña, Arlyne anhelaba aquellas salidas con un entusiasmo inocente, dándolas por sentado y sin comprenderlas. Hacia 1944, cuando ya contaba con once años, edad en que el creciente conocimiento de los misterios que se escondían detrás de los acontecimientos ordinarios aguijoneaba su curiosidad, aquellas visitas adquirieron una nueva importancia.

A las tres en punto, nada más llegar de la escuela, Arlyne y su hermana pequeña, Barbara, se bañaban y se cambiaban, poniéndose el vestido que la doncella había dejado sobre la cama. A continuación, se presentaban ante su madre, quien, como era costumbre a esa hora, estaba sentada en una banqueta ante el tocador. Billie Weiss evaluaba a sus hijas con una mirada crítica y después colocaba a la pequeña ante ella. Mientras trenzaba su larga melena de color miel, la cabeza de la niña subía y bajaba dócilmente. Pero aquella idílica escena concluía en el preciso momento en que la mayor se ponía ante el espejo. Ante los estirones de Billie para apretar las trenzas, la muchacha se ponía tensa y presentaba resistencia. Era una batalla doméstica que, puntual como un reloj, tenía lugar cada viernes por la tarde; una batalla que Arlyne Weiss lidiaba con valentía y que Billie Weiss siempre ganaba.

Al anochecer, madre e hijas atravesaban las grandes puertas forjadas de Knickerbocker Village, un bloque de apartamentos de doce plantas que quedaba cerca del East River, justo al norte del puente de Brooklyn. Knickerbocker era un modelo de construcción erigido diez años antes en la que había sido la barriada más terrible de Nueva York, conocida como «Manzana Pulmón» porque muchos de sus tres mil inquilinos, que vivían apiñados, padecían tuberculosis. La demolición de aquellas pocilgas había formado parte de un esfuerzo continuado por limpiar el Lower East Side, un barrio salvaje y con muy mala reputación por el que pululaban prostitutas y carteristas. No es de extrañar que para los judíos de segunda generación como los padres de Arlyne fuera motivo de orgullo dar Knickerbocker Village como dirección postal. Era señal de que se había podido dejar atrás a aquella chusma.

Si se caminaba hacia el norte desde Knickerbocker recorriendo todo Bowery, se llegaba al barrio italiano. Aquello era algo que los Weiss hacían raramente, puesto que décadas de antagonismo entre italianos y judíos no prometían una travesía segura. En lugar de eso, se dirigían hacia el este, por Monroe Street, y se paraban en la tienda de golosinas K&K, donde la señora Weiss compraba cigarrillos. Billie se enorgullecía de ser una mujer moderna. A continuación, y si la abuela así lo había solicitado, la pequeña comitiva se desviaba hacia Hester Street para comprar pepinillos y encurtidos en los puestos ambulantes que exponían sus enormes barricas al aire libre. Arlyne podía olerlos a una manzana de distancia y siempre se sentía horrorizada al ver cómo los vendedores se limpiaban las manos avinagradas en el delantal. Para su edad, era inusualmente muy quisquillosa con el aseo y la limpieza. Y puesto que las calles estaban llenas de cuerpos apiñados y sucios, siempre estaba bastante angustiada cuando el séquito Weiss

llegaba al 202 de East Broadway. Allí, alzándose cual santuario sagrado, estaba la funeraria Blum and Oxman.

La fachada de piedra oscura de la capilla estaba desprovista de la mugre que cubría los edificios que la rodeaban, resultado de una limpieza semanal a fondo. Una muchacha irlandesa bastante sencilla, llamada Lily Higgins, pulía los pasamanos de latón que franqueaban la escalera delantera hasta hacerlos brillar. Lily también barría la acera y la calle hasta varios metros más allá de la entrada. En aquel espacio cristalino se congregaba una manada de féminas integrada por parientes de sangre y conocidas honrosas a las que se llamaba «tías», sentadas en sillas plegables o encima de cajas de cartón, utilizadas normalmente durante la *shivá*, para velar a los muertos. Billie pronto se unía a ellas, haciendo caso omiso a los halagos a su sombrero Lartiga o a su pequeño cuello de gasa. Barbara iba en busca de los primos, que correteaban por la sala de embalsamamiento –ignorando alegremente el cuerpo acabado de arreglar que yacía sobre la losa de mármol esperando su sepultura el domingo– en dirección al pequeño jardín trasero, donde jugaban en el estanque de los patos. Arlyne, que hasta hace un año había estado encantada de unirse a ellos, en aquel momento esperaba hasta encontrarse a solas y a continuación se dedicaba a un ritual de concepción propia.

Subía los escalones de baldosas blancas hasta la zona habitable en el piso superior de la funeraria, evitando la cocina, de la que emanaban risas esporádicas y el ruido de utensilios y cacerolas. Para hacerlo, giraba hacia la derecha, hacia la desierta sala de estar. Aquella estancia, iluminada por el resplandor de una chimenea enorme, era una fiesta para los sentidos. Confidentes tapizados con satén rosa y sofás con brocado blanco de patas talladas como si fueran las de un león. Alfombras de estilo oriental y un piano de pared. Arlyne se sentaba durante un

rato, no en el sofá, puesto que la abuela siempre era muy quisquillosa con la tapicería sucia, sino en el suelo, y disfrutaba de todo aquel esplendor. Cuando ya había tenido suficiente, continuaba con el dormitorio, situado en la parte trasera del piso y con vistas al estanque. Era una estancia pequeña, amueblada de forma menos extravagante, pero, aun así, el sanctasanc-tórum de una mujer acostumbrada al lujo. El armario estaba repleto de abrigos de piel ordenados con pulcritud. La cómoda estaba cubierta de frascos con caros perfumes extranjeros. Sin embargo, lo que más intrigaba a Arlyne era el cajón superior, que contenía las joyas de su abuela. Un sentimiento de excitación se despertaba en su interior al contemplar toda aquella maraña de pulseras de esmeraldas y broches de diamantes. Normalmente, al rozar las gemas con los dedos, Arlyne sentía la tentación de deslizar una en su bolsillo. Pero la veneración que profesaba hacia su abuela la cohibía y jamás tocaba nada.

En el centro de la habitación había una cama doble con un cabezal de madera oscura tallada como si fueran unos brazos curvos extendidos. A diferencia del resto de las camas de la casa, en las que siempre había una colcha, esta solo tenía una manta. Arlyne encontraba esto completamente fuera de lugar según los gustos de su abuela. Una vez que comprobaba que no había nadie en el exterior del dormitorio, levantaba una de las esquinas del colchón y de uno de los muelles sacaba un pañuelo blanco y grande, anudado en el centro. Al deshacer el nudo, descubría una pequeña fortuna en billetes, entre dos mil y cinco mil dólares. La «calderilla» de la abuela.

Arlyne se quedaba allí, sentada a los pies de la cama, tanto tiempo como osaba, tocando el dinero, arrugándolo, enrollándolo, contándolo, en una especie de delirio. Era el principio de su romance de por vida con el dinero, del cual, como advirtió a los once años, fluía todo lo deseable. El dinero compraba el

resplandor de una chimenea antigua y pulseras de esmeraldas. El dinero compraba la limpieza y la seguridad. Compraba el poder y un lugar en la sociedad, y garantizaba que no te confundirían con uno de los judíos pobres de Hester Street que olían a sudor y encurtidos. El dinero era el que alimentaba el estilo de vida rico y poco ortodoxo de la abuela Ida Blum.

Desde la cocina llegaba el seductor sonido de una carcajada. Arlyne volvía a colocar el dinero en su escondrijo y se unía a la jarana. Al atravesar el umbral de la puerta abierta, se topaba con una mesa repleta, en la que había una sopera con sopa de champiñones y cebada, así como platos colmados de estofado y zanahorias. Los miembros de la familia salían y entraban, sirviéndose a su gusto. En el otro extremo de la mesa, inclinada sobre los fogones, se encontraba Ida, resplandeciente con una sencilla blusa y una falda recta. Su cabello color platino estaba enredado en un moño immaculado. En la mano izquierda llevaba una enorme sortija de diamantes y rubíes. En la derecha, un anillo con la estrella de Oriente. Sus dedos estaban cubiertos de harina del *matzá*.

Al ver a su nieta, Ida se limpiaba las manos, revelando unas uñas largas y perfectas, lacadas con color bermellón. A continuación, las levantaba en un gesto de bienvenida. Arlyne corría para abrazar a su abuela, cogiéndola por la cintura. Ida no le devolvía el abrazo. (No era una *bubba* muy dada a los arrumacos). Sin embargo, la manera en que decía «¡Cariño!!!!!» llenaba de placer a la niña, porque significaba que, en aquel momento, merecía toda la atención de aquella gran mujer. Ida regresaba a los fogones, y Arlyne se quedaba encandilada, contemplándola con admiración. No era una mujer hermosa en el sentido convencional. Tenía la nariz muy ancha y los labios

demasiado estrechos. A lo largo de su vida, había acumulado mucho peso en la zona de las caderas. Pero había transformado aquella primera impresión de torpeza con fuerza de voluntad. Su postura era siempre perfecta, su dicción, intachable. Pero, pese a aquel aspecto sereno, también había algo terrenal y franco que a los hombres les parecía atractivo. Según observó Arlyne, la abuela siempre estaba rodeada de hombres, la gran mayoría mucho más jóvenes que ella.

Entre aquellos moscardones que sobrevolaban la cocina de Ida el viernes por la noche estaban Jimmy y Jake, los chóferes encargados de conducir la carroza fúnebre durante los funerales. Saltaba a la vista que ambos jóvenes tenían en mucha estima a su benefactora. Jake, un donjuán, flirteaba con Ida amablemente y después seguía su camino. Al otro, sin embargo, le había dado más fuerte. Jimmy el Pagano, tal como se lo conocía, era un alma tímida que parecía incapaz de encontrar novia. Ida se había apiadado de él y se había ofrecido para enseñarle a bailar. Más tarde, cuando terminaba sus deberes de cocinera, le tomaba la mano y lo llevaba a la sala de estar, donde ponía un disco en el fonógrafo. Entonces, para deleite de los allí presentes, le mostraba a Jimmy los primeros pasos en los placeres eróticos del tango. Sus cuerpos no encajaban a la perfección; Ida era mucho más corpulenta que su flaco compañero de baile. Pero Jimmy tenía muchas ganas de aprender y Arlyne encontraba fascinante observar sus siluetas contra el fuego.

Jimmy bebía los vientos por Ida con adoración muda. Cada sábado por la tarde la conducía hasta el salón de baile Roseland, para que pudiera competir en los concursos que allí se celebraban. Durante el verano y las vacaciones, la llevaba al hotel Concord, un complejo turístico judío en las Catskill donde Ida se dedicaba a flirtear con los profesores de baile. Mientras, él

esperaba y esperaba. Pero su vigilia quedaba en nada. Ida ya tenía un novio que había reclamado con mayor contundencia el derecho de sus afectos.

El tío Frankie Oxman había estado por allí desde que todos podían recordar. Era un hombre bajito y rechoncho de carácter jovial. Los viernes por la noche, Frankie se dedicaba a pasearse por la funeraria estrechando lazos con todo el mundo. Los niños lo apreciaban porque tenía la costumbre de dar billetes de un dólar, una suma de valor incalculable en aquellos días. Era indulgente, y había comprado a cada uno de los primos un pato para el estanque. El mismo Frankie criaba palomas en el pequeño jardín trasero y tenía un setter irlandés al que adoraba. Cada tarde, él e Ida, cubierta de diamantes y con una estola de armiño, paseaban al perro por East Broadway. No parecían en absoluto amantes, y Billie y «las Tías» tardaron en reconocer el romance. Incluso años después, cuando Frankie murió una tarde de un ataque al corazón en la cama de Ida, «las Tías» comentaron que, seguramente, había ido allí a echar una siesta. Aquella delicadeza era debida en parte al hecho de que el marido de Ida, Jacob Blum, todavía estaba vivo y vivía exiliado en algún lugar de Brooklyn.

Arlyne recordaba a su abuelo como un hombre pequeño, de cabello canoso, sobrio, y siempre ataviado con un chaqué negro. Con el paso de los años, no descubriría mucho más sobre su partida. De hecho, todo lo referente a la historia marital de Jacob e Ida era un misterio, y Arlyne jamás pudo discernir si era un producto de la defectuosa memoria colectiva familiar o una amnesia deliberada en deferencia al papel de Frankie Oxman en la casa.

Arlyne sabía que el apellido de soltera de Ida era Lasker, y que había llegado a América de niña con sus padres, procedentes de una región de Polonia que por aquel entonces se

encontraba bajo control austríaco. La familia se introdujo en el negocio de los comestibles y consiguieron cierta prosperidad. Ida fue prometida a la edad de dieciséis años con Jake Blum, el cual, según pensaban, tenía cabeza para los negocios y podía encargarse de la tienda. Sin embargo, Jake tenía sus propias ideas y, ante la consternación general de los Lasker, abandonó la empresa familiar para convertirse en enterrador. Con mucha sensatez, explicó que el negocio de los comestibles estaba sujeto a los caprichos del tiempo y de los proveedores, mientras que la muerte reportaba una clientela duradera. Nadie quedó más afectada por la deserción de Jake Blum que su joven esposa, a la que se le revolvía el estómago ante la posibilidad de compartir su hogar con cadáveres. Ida estaba enamorada de la vida, y los funerales le parecían deprimentes. Pese a ello, trató de ser una buena compañera. Incluso si no conocía al fallecido, se la podía ver llorando copiosamente al lado de la tumba. Sus ostentosas muestras de compasión le granjearon a Jake el negocio de más de un centenar de asociaciones funerarias que habían aparecido con el cambio de siglo para garantizar que los inmigrantes fueran enterrados si no con pompa, al menos con un mínimo de dignidad.

Los Blum tuvieron tres hijos. Y el destino de Ida fue enterrar a dos de ellos. Emmanuel murió a los trece años de una apendicitis. Harriet sucumbió a la neumonía nada más entrar en la edad adulta. En cada una de estas ocasiones, Ida se hundió en la depresión. Y, como no toleraba soportar aquel dolor entre las paredes de la funeraria, hacía las maletas y se trasladaba al Concord. Después de varios meses de baile y jolgorio, regresaba a East Broadway con el equilibrio recobrado.

Ida colmó a la hija que le quedaba de una atención total. Sylvia, una chiquilla flaca y morena de rasgos más bien marcados, heredó la pasión por la vida de su madre. Había ido a

clases de baile desde que era pequeña y estaba dispuesta a hacer carrera sobre un escenario. A los catorce años, consiguió un puesto de corista en una compañía llamada Manhattan Steppers, que estaba a punto de embarcarse en una gira nacional. Jake Blum se oponía, con su sentido de propiedad ofendido ante la idea de que su hija mostrara los tobillos en los salones de todo el país. Ida, por el contrario, hacía caso omiso de las objeciones de su marido y le respondía: «Se merece su dosis de diversión». Sylvia viajó durante más de seis meses con la compañía bajo el nombre artístico de «Billie Young». A partir de entonces fue conocida como Billie.

En los años posteriores, Arlyne leyó las cartas que su madre enviaba mientras estaba de gira –cartas de tono dulce y casto que con toda seguridad pretendían alejar las preocupaciones de Jake Blum–. Las catalogó de engaño poco ingenioso. Estaba segura de que su madre había disfrutado de lo lindo en lo que podría haberse considerado como una «aventurilla». Ya de niña, Arlyne demostraba un carácter escéptico y toleraba bastante poco las mentiras piadosas que se explican en las familias para guardar las apariencias. Con once años, la embargaba una inquietud creciente ante la historia de la desaparición de su abuelo.

Si se escuchaba a «las Tías» –y Arlyne jamás se cansaba de espíarlas desde varios enclaves ventajosos de la funeraria–, el abuelo Blum había conocido en una reunión de trabajo a otra mujer, que también trabajaba en el gremio, y se había fugado con ella. Arlyne, que pensaba que su abuela era la mujer más atractiva del mundo, consideraba increíble aquel supuesto. La verdad, según sospechaba, era que habían echado al abuelo. Y aunque Jacob Blum era un hombre decente con pocos enemigos y era difícil imaginar quién había urdido su ruina, las sospechas de la joven Arlyne recaían en Frankie Oxman.

Pese a lo bueno que era Frankie en muchos aspectos, Arlyne jamás llegó a confiar plenamente en él. Había demasiada impaciencia, demasiado oportunismo en su efusiva buena voluntad. En un principio, los Blum lo habían contratado como chófer, pero Frankie aprovechaba la más mínima oportunidad para hacer los recados de Ida, y era él quien recogía los cadáveres de la morgue del condado de Kings y del «loquero» de Pilgrim State, con lo que se hizo indispensable.

Tío Frankie siempre andaba metido en algo turbio, lo que le confería más importancia en la funeraria. Frankie podía conseguirte cualquier cosa que necesitaras, lo que fuera. Cazuelas y sartenes, rollos de tela, electrodomésticos. Cuando el milagroso fenómeno de la televisión todavía era solo un rumor en las casas del Lower East Side, Frankie se agenció uno de los primeros modelos, un RCA con una diminuta pantalla redonda embutida en una enorme consola. Ida estaba tan emocionada con aquella adquisición que invitó a un montón de familiares y amigos a la sala de estar y confirió a sus visitantes el raro privilegio de sentarse en los sofás de brocado.

Pero los talentos de tío Frankie no acababan en aquellas comodidades deseables y presuntamente robadas. Era también corredor de apuestas. Mucho antes de que Jacob Blum se fuera al exilio, el chófer ya aceptaba apuestas de los chicos del vecindario. Según se rumoreaba, guardaba el dinero en uno de los ataúdes. (A Arlyne le habría encantado registrar una a una aquellas cajas en busca del famoso alijo de Frankie, pero las tapas eran demasiado pesadas y se resistían a criaturas entrometidas).

Después de la inexplicable partida del abuelo Blum, Frankie abandonó toda discreción y sacó su negocio de apuestas a la luz, utilizando un pequeño sótano que había junto a la funeraria como cuartel general. Durante la mayoría de las mañanas

y primera hora de las tardes, un flujo constante de hombres ataviados con trajes y sombreros de fieltro entraban y salían por una sombría escalera de cemento que daba a la calle. Los Chicos de Clinton Street, tal como se les conocía, eran un grupo de mafiosos de poca monta que pertenecía a un club social a un par de casas de los Blum. Los Chicos eran unos juerguistas holgazanes que se pasaban el día jugando al billar, a las cartas y al béisbol. Ida trató de ganárselos convirtiéndose en patrocinadora de su equipo e incluso les proporcionó uniformes. Todos ellos eran ávidos apostadores, y todos acudían a Frankie.

Algunas veces, preferiblemente los sábados por la tarde, porque no se oficiaban funerales y se le permitía jugar en los escalones de la entrada, Arlyne visitaba a su abuela. En aquellas ocasiones, bajaba por una escalera trasera que conducía al sótano vecino y visitaba a tío Frankie y a sus amigos. Solía encontrárselos estirados en un par de viejos sofás, repasando la planilla de carreras y escuchando la clasificación en una vieja y enorme radio de madera. No parecía importarles que aquella niña merodeara por allí. A veces, Frankie o alguno de los otros le daba a escondidas un cuarto de dólar y una palmadita en la mejilla. De hecho, según recuerda Arlyne, aquellos hombres eran «los Tíos». Por ejemplo, estaba tío Milty Tillinger, el usurero. Una vez, cuando uno de los parientes de Milty huía de la justicia, Ida lo escondió en la habitación de los ataúdes hasta que pasó el peligro, ganándose la lealtad de la familia Tillinger para siempre. También estaba Izzy Smith, propietario del cementerio Zion, al final de la manzana. Al igual que Frankie, era proveedor de mercancías robadas y tenía por costumbre abandonar su negocio a mediodía para ir a apostar.

Entre las filas de Los Chicos de Clinton Street también se incluía un número sustancial de delegados sindicales. De vez

en cuando, uno de ellos se llevaba a Frankie aparte y le susurraba algo al oído. Frankie asentía y conducía al demandante escaleras arriba, hacia su oficina privada, situada junto a la capilla detrás de una gran puerta de latón. En la parte superior de la puerta había una ventanita cuadrada con una cortina. Cuando esta estaba corrida, quería decir que se discutían asuntos secretos. Arlyne a menudo subía la escalera y, fingiendo jugar en el pasillo, lanzaba miradas furtivas hacia la puerta, examinándola. Era la más alta que había visto jamás. Excepto por un pomo enorme y redondo de cobre, era completamente lisa. La diligente Lily Higgins lustraba a diario la superficie, que brillaba como si fuera un espejo de ámbar. Arlyne clavaba la mirada en ella, esperando poder ver a través, pero todo lo que le devolvía la puerta era su rostro sombrío y lleno de frustración.

Aquel imponente portón con su cortina impenetrable suponía una afrenta, puesto que el resto de las puertas de la funeraria siempre se mantenían abiertas, un reflejo de la naturaleza libre y generosa de Ida Blum. Y Arlyne, cuyo talento para fisgonear ya había llegado hasta un nivel digno de admiración, se irritaba ante la existencia de un enclave al que se le negaba el acceso. Siempre estaba alerta durante los pocos segundos en que la puerta se abría para que los visitantes de Frankie entraran. Si era rápida, podía vislumbrar el interior de aquel compartimento prohibido.

Lo que vio fue un par de habitaciones ordinarias y decepcionantes. En la parte delantera había una pequeña oficina con un escritorio y un teléfono. Detrás había una antesala con varios archivadores de madera y una enorme caja fuerte de hierro fundido. Una tarde, cuando Frankie salió a toda prisa de la oficina y dejó la puerta abierta de par en par, surgió la oportunidad de inspeccionar aquellas habitaciones más de cerca. Arlyne, que había estado jugando en la capilla, miró ha-

cia el vestíbulo y se sintió sumamente afortunada. Temerosa de que aquel lapsus no significara nada más que el regreso inminente de Frankie, se encaminó sin prisas y con aire despidado hacia el vestíbulo hasta llegar ante la puerta de la oficina. Transcurrieron varios minutos. No se veía a Frankie por ningún lado. Llena de valor, Arlyne empujó todavía más la puerta y se deslizó al interior. Desde la habitación delantera, pudo comprobar que la caja fuerte también estaba abierta. Al acercarse, vio que contenía un montón de libros encuadernados. La tentación de tocarlos fue irresistible. Se arrodilló ante la abertura, tomó uno de los volúmenes y lo abrió por una página al azar. Contenía columnas de cifras cuyo significado era incapaz de comprender. Los examinó concienzudamente, pero continuaron igual de impenetrables que la superficie pulida de la puerta de latón. Entonces oyó la voz de Frankie Oxman en el vestíbulo y sus fuertes pisadas en la escalera. Cerró el libro, lo devolvió con cuidado al lugar en que lo había encontrado y cruzó el umbral de la puerta, escabulléndose hacia la seguridad de la capilla.

El misterio que rodeaba los negocios de tío Frankie, y en particular su supuesto papel en la marcha de Jake Blum, perseguiría a Arlyne Weiss durante el resto de su niñez. La respuesta a este enigma no llegó gracias a una revelación repentina, sino con la creciente comprensión de quién era la persona que movía los hilos en la capilla Blum. Para cuando Arlyne tenía ocho años, ya había reparado en un hombre muy alto con grandes ojeras y un perpetuo ceño fruncido, habitual entre los visitantes de la oficina de Frankie. Al contrario que el resto de sus tíos, «tío Red», tal como le ordenaron que lo llamara, jamás se detenía a bromear con ella o le daba una moneda. Cada semana, visitaba brevemente a Frankie, saludaba a Ida y, a continuación, se marchaba. Por la manera en que Frankie

se agitaba y lisonjeaba ante su presencia, Arlyne podía asegurar que era un hombre peligroso, significando dicho término, tanto entonces como durante el resto de su vida, la capacidad de inspirar respeto y de forma más general, de conseguir que se hicieran las cosas.

Red Levine, como supo al cabo del tiempo, era un buen amigo de Meyer Lansky, un inmigrante polaco de voz dulce que por aquel entonces ya se había convertido en una leyenda del Lower East Side. Poco después de su llegada a América en 1911, a la edad de nueve años, se lanzó en pos de una carrera como corredor de apuestas callejero, y en los años venideros consiguió forjar un imperio criminal basado en las apuestas, el contrabando de ron y la protección. Considerado como un paria por los líderes religiosos ortodoxos, era, sin embargo, admirado, incluso reverenciado, por todo el barrio judío, donde se le consideraba un muchacho local que había conseguido triunfar. «Meyer», tal como se lo conocía en círculos familiares, disfrutaba del estatus de un político por virtud de su alianza con las bandas italianas del East Side, comandadas por Charles Luçania, posteriormente «Lucky» Luciano.

A Luciano y a Lansky se les unió más tarde un irascible matón judío llamado Louis Buchalter, cuyo sobrenombre era «Lepke», y llegaron a ser conocidos por todo el mundo como Lucky, Lansky y Lepke. Mientras Luciano y Lepke frecuentaban a coristas e incluso a celebridades del mundo artístico, Lansky –el reputado cerebro de la operación– permanecía en la sombra leyendo libros sobre gestión de empresas. Durante sus cincuenta años de carrera, mostró un instinto insólito para predecir qué aspectos de la vida americana estaban ya maduros para ser explotados. Durante la ley seca, toda su banda se dedicó a tiempo completo al contrabando de ron. Antes incluso de que la derogación de la Ley Volstead en 1933 devolviera

la circulación legal de alcohol, Lansky ya había puesto el ojo en el próximo terreno abonado: los sindicatos.

Los primeros años del movimiento sindicalista fueron caóticos y violentos, sobre todo en el «comercio de trapos», el sector textil, cuyos trabajadores, en su mayoría inmigrantes pobres, eran obligados a hacinarse en los talleres clandestinos del Lower East Side y a trabajar en condiciones deplorables. Incluso después de que el Garment District se trasladara al norte, a unas dependencias más acogedoras en la Séptima Avenida, la insatisfacción no dejó de aumentar. La patronal amenazaba con utilizar la violencia contra todos aquellos trabajadores dispuestos a organizarse; los sindicatos amenazaban con utilizar la violencia contra todos aquellos que no lo hacían. Ambas partes contrataron esbirros, a menudo matones profesionales, para hacer valer sus amenazas. En algunos casos, el matón era simplemente una pistola de alquiler que trabajaba para la parte que más pagara, y en ocasiones para las dos a la vez. (Otros, como Dopey Benny Fein, fueron leales a sus principios y solo rompían piernas bajo el estandarte sindical). Al principio, los mafiosos solo cobraban tarifas extorsionadoras a cambio de sus servicios, entre los que se incluían quemar o hacer volar tiendas que se oponían a alinearse con el sindicato. Sin embargo, pronto evolucionaron a aplicaciones del terror más sofisticadas, reclamando y recibiendo puestos de liderazgo. Algunas organizaciones, como la ILGWU (Unión Internacional de Trabajadoras de la Industria Textil, por su sigla en inglés), estaban tan afectadas por las huelgas y la lucha interna que *Little Augie Orgen*, un pistolero contratado en un principio para proteger a las trabajadoras, sencillamente se adentró y tomó el poder, marcando el inicio de la era de las mafias sindicales.

Al ver que los sindicatos eran terreno fértil, Lansky se lanzó al negocio con su viejo amigo Lepke, quien, en su papel de antiguo protegido de *Little Augie*, había logrado el control del transporte en el Garment District. Lo había conseguido con la ayuda de un grupo de gorilas gobernados por un forzado llamado Jake *Gurrah* Shapiro. Lepke y Gurrah, que llegaron a conocerse como «L&G» o sencillamente como «Los Chicos», dirigían el cotarro en la Séptima Avenida, donde, literalmente, nada podía hacerse sin su aprobación. Muchos hombres de negocios legítimos se vieron obligados a convertir a L&G en socios sin voz ni voto de su empresa para asegurar que su cargamento llegara a tiempo. Los que declinaban la oferta recibían amenazas de sabotaje y, a menudo, de muerte. Lansky y Los Chicos dirigieron sus empresas criminales casi sin oposición alguna hasta 1933, año en que se vieron envueltos en aguas revueltas en el campo político.

El presidente Franklin Delano Roosevelt, que había salido victorioso en la convención nacional de los demócratas de 1932 con el apoyo de los jefes políticos controlados por Lansky, pronto se volvió en contra de sus viejos aliados y lanzó una guerra sin cuartel contra el crimen organizado. Aquella jugada le confirió tanta popularidad que los políticos locales de todo el país tomaron ejemplo. El gobernador de Nueva York, Herbert Lehman, nombró procurador especial a un joven con ambiciones políticas llamado Thomas Dewey para que llevara a los mafiosos ante la justicia. Dewey se lanzó a cumplir su cometido con fervor, arremetiendo contra los gorilas en todo el espectro de los sectores sospechosos. Sin embargo, el embate de su furia fiscal cayó especialmente en Lepke y Gurrah, a los que consideraba «los dos extorsionadores más grandes del país». Al darse cuenta de que la imputación era inminente, Los Chicos pasaron un año escondidos, convirtiéndose en los obje-

tivos de una intensiva búsqueda estatal. Al final, y confiando en obtener clemencia, se entregaron. La jugada le salió bien a Gurrah, que fue declarado culpable de extorsión y condenado a tres años de prisión. Lepke no tuvo tanta suerte. Los fiscales federales y del Estado llevaban tiempo tras él y cuando lo pillaron, lo sentenciaron a cadena perpetua en Leavenworth.

Sin embargo, los problemas de Lepke no habían hecho más que empezar. Unos meses después de que se entregara, el Cuerpo de Policía de Nueva York arrestó a Abe Reles, un pistolero de Lansky sospechoso de haber cometido varios asesinatos. Amenazado con la perspectiva de la silla eléctrica, Reles colaboró con la fiscalía y testificó, escupiendo más de dos décadas de crímenes a manos del grupo de Lansky. Entre ellos estaba el asesinato de un conductor de camiones que había estado cooperando con la investigación llevada a cabo por Dewey. Reles dijo que había matado al hombre por orden de Lepke. La confesión de Reles inició un nuevo ciclo de acusaciones que enviaron finalmente a Lepke a ser ejecutado.

Pero el daño del que Reles era capaz no terminaba ahí, puesto que poseía información que amenazaba con condenar al lugarteniente de Lansky, Bugsy Siegel. Una noche, mientras estaba en custodia protegida en el hotel Half Moon de Coney Island, Abe Reles salió disparado por la ventana de su habitación y murió. La pregunta de cómo un hombre puede ser asesinado ante la atenta mirada de seis policías de la ciudad de Nueva York dio lugar a un buen número de teorías. Quizá no había sido asesinado en absoluto. Quizá Reles se arrepentía de su confesión o, más probable, se había dado cuenta de que su vida no valía un pimiento y saltó de forma honorable. Quizás alguien había pagado a los polis para que hicieran la vista gorda y otorgaran un salvoconducto al asesino. El misterio se prolongó incluso más allá de su muerte.

Arlyne tenía solo tres años cuando Abie, como se lo conocía entre Los Chicos de Clinton Street, salió volando por la ventana. Como se había formado una idea de la muerte de un modo más bien imperfecto, jamás lo imaginó tumbado en cruz sobre el asfalto, sino en un ataúd, maquillado y con aire sereno, como los otros cadáveres de la funeraria. Solo albergaba una noción general de cuál había podido ser su pecado, pero incluso una niña podía intuir que el hecho de ir explicando cosas de tus amigos acarrearía consecuencias nefastas. Había un demonio vengador para cada soplón. Y la identidad del demonio personal de Abe Reles fue ampliamente debatida entre «los Tíos» que se reunían en el sótano de la funeraria de Ida Blum. Uno de los candidatos era la mano derecha de Bugsy Siegel, Frank Costello, de quien se rumoreaba que había sobornado a los agentes. Sin embargo, aquellos más cercanos a los actores –y Los Chicos de Clinton Street se enorgullecían de ese tipo de conexiones– insistían en que el asesino no había sido otro que Red Levine.

Arlyne Weiss no tenía razón alguna para dudar de lo que decían «los Tíos». Aquella sombría figura que visitaba semanalmente a Frankie Oxman le parecía una presencia amenazadora. No fue hasta después de varios años de fisgoneos, escondida en el hueco de la escalera, que Arlyne comprendió los asuntos que lo habían traído en un principio hasta la casa de los Blum. A inicios de los años cuarenta, en las funerarias del Lower East Side se había puesto en marcha el plan de crear sindicatos para los conductores de coches fúnebres. El abuelo Jacob Blum no había querido saber nada del tema y había insistido en que sus chóferes recibían un salario justo. Jake no quería entrar en el sindicato por respeto al viejo y Jimmy hacía cualquier cosa que Jake hiciera. Ante su intransigencia, el sindicato de chóferes había enviado a Red Levine a la funera-

ria Blum con el objetivo de hacer entrar en razón a su dueño. En resumen, «tío» Red había amenazado con hacer estallar el lugar, y Jacob Blum, que carecía de estómago para ese tipo de batallas, había cedido. Y como resultado, todas las otras funerarias del Lower East Side habían seguido su ejemplo.

El enfrentamiento con Red Levine había quebrado el ánimo de Jake Blum. Después del incidente, no volvió a llevar el negocio ni sus asuntos personales con el mismo rigor de antaño. Y en aquel vacío se metió Frankie Oxman, el único chófer de los Blum que había favorecido el sindicato desde un principio. Frankie se convirtió en el chico de Red en el lugar de los hechos, asumiendo cada vez más el día a día del negocio. De forma gradual, usurpó las competencias de Jacob Blum, incluida a su esposa. Frankie había cortejado a Ida durante años mediante recados serviles, pero en aquel momento estaba en racha y se volvió más audaz. Arlyne jamás supo cuándo su abuela y Frankie Oxman se convirtieron en amantes. Según sospechaba, tenía que haber ocurrido cuando ella tenía entre ocho (el año en que apareció Red Levine) y diez años (cuando desapareció el abuelo Blum). Y debía de haber sucedido ante los ojos de su madre y del resto de los familiares, porque nadie se perdía las reuniones de los viernes. Finalmente, Jake Blum hizo las maletas y se marchó. Arlyne siempre creyó que Ida, cansada de la presencia lúgubre de Jake Blum, halagada por la atención de Frankie Oxman y seducida por la idea de convertirse en la mecenas de una pandilla de mafiosos, había echado a su marido. Con el tiempo, Ida se asoció con Frankie. Arrió el viejo toldo e izó uno nuevo en el que se leía «BLUM AND OXMAN», y con él anunció al mundo que había decidido vivir la vida del East Side.

En todo este asunto, resulta remarcable la ausencia de Irving Weiss, el padre de Arlyne. «Las Tías», y en particular «los Tíos», preguntaban por cortesía sobre su salud, aunque sabían perfectamente que Irving renunciaba a las tardes en Blum and Oxman para jugar al *gin rummy* con sus compinches. Curiosamente, aquella ausencia no era considerada causa de escándalo, sino más bien al contrario; se aceptaba como una realidad. Irving Weiss despreciaba sin disimulo a Frankie Oxman, al que consideraba un manipulador de poca monta. La adulación que recibía Frankie irritaba a Irving, al que todos consideraban un mafioso con mucha más clase.

Los hermanos Weiss –Henry, Irving, Eddy, Joe y Natie– no formaban parte de Los Chicos de Clinton Street, sino de una banda diferente cuyo territorio se extendía desde Houston Street, pasando por Attorney Street hacia el este, hasta la zona de Williamsburg, en Brooklyn. Hijos de inmigrantes húngaros, los chicos Weiss habían crecido en Kosciuszko Street, donde sus progenitores regentaban una tienda de ultramarinos y una ruta lechera. Los padres confiaban en que los hijos heredaran aquella próspera empresa, que les proporcionaría los medios para hacer fortuna dentro de los límites de los valores americanos. Pero a los chicos Weiss no les gustaba trabajar. Eran una panda de atractivos holgazanes que se iban a dormir a altas horas de la noche y se pavoneaban ante el espejo hasta mediodía. Tenían debilidad por los trajes blancos, los sombreros de ala y las camisas confeccionadas por un sastre en el cruce de Clinton con Grand. Les gustaban los coches lujosos y los buenos restaurantes, y como un trabajo honesto no habría financiado aquellas aficiones de ninguna manera, se decantaron de forma natural hacia la actividad delictiva.

Hasta el día en que murió su padre, Arlyne no estuvo segura de lo que había hecho. Sabía que antes de que ella naciera,

él y sus hermanos habían dejado la tienda de ultramarinos y habían abierto una funeraria en Houston Street. El honesto Jacob Blum no se dejó engatusar por esa fachada de respetabilidad. Para él, Irving era sencillamente un mafioso. Pero mientras que la desfachatez de los hermanos Weiss ofendía a Jacob Blum, a su hija la intrigaba.

Billie admiraba a todos los Weiss. Pero era Irving –moreno, callado y tan guapo como una estrella de cine–, el que más le llamaba la atención. Desde el momento en que se percató de su presencia en el Lower East Side, buscaba cualquier excusa para pasearse por Houston Street. Si tenía suerte, podía encontrarse con alguno de los chicos sentado en los escalones de la entrada de la funeraria. Conscientes del lugar que ocupaba su padre en la comunidad, siempre se comportaban con educación, inclinando el ala de su sombrero y murmurando un «señorita Blum». Aunque al principio eran gratas, aquellas formalidades empezaron a acabar con la paciencia de la señorita Blum. Constreñida por las convenciones, no podía iniciar el contacto sin un pretexto adecuado. Por suerte, se presentó uno.

Una de las funerarias iba a realizar un sorteo y todos los propietarios de pompas fúnebres del East Side recibieron un puñado de papeletas que tenían que vender. Ida Blum, que era quien normalmente se ocupaba de estos asuntos, llamó a su hija y le preguntó si estaba interesada en probar suerte con los hermanos Weiss. Ante aquella sugerencia tan oportuna de su madre, Billie se dirigió hacia Houston Street con el pretexto de venderles diez papeletas para la rifa. Irving se mostró dispuesto a comprar las diez, pero Henry lo detuvo, diciéndole que con cinco tenían suficiente. Aquello confirmó lo que Billie pensaba: que Irving era el más generoso, y el mejor partido. De hecho, Billie no había dejado nada al azar. Antes de acercarse a ellos y sin que nadie la viera, había levantado los sellos

rojos de las papeletas con el fin de garantizar que vendía una premiada a los Weiss y asegurarse así una visita futura. Una semana más tarde, cuando se llevó a cabo el sorteo, Irving ganó una manta de lana. Billie corrió hasta Houston Street para decírselo, y sugirió acompañarlo hasta Brooklyn para recoger el premio. Aquella excursión terminó con una cena en un restaurante italiano y, seis meses después, Billie Blum se casaba con Irving Weiss, seis años mayor que ella.

En el entorno familiar, Jacob Blum se oponía a la unión con conocimiento de causa: Irving era un matón. Aquello no molestaba en particular a Ida, que estaba más preocupada porque su hija no acabara enterrada en vida en una funeraria como le había pasado a ella. Se quedó más tranquila cuando, unos pocos meses después de la boda, Irving y sus hermanos abandonaron el negocio de las pompas fúnebres y empezaron a ofrecer excursiones en automóvil a las Catskill. Su clientela se componía principalmente de gánsteres judíos y su destino era un establecimiento llamado The Dodge Inn, en el lago Louise Marie. La fonda tenía mala reputación como lugar de encuentro de gánsteres y refugio para los amantes de las infidelidades. (Había una broma según la cual todo era cuestión de «entrar y salir»). Ida dio el visto bueno a la nueva empresa de Irving, la cual le parecía mucho más alegre que la funeraria. A menudo, toda la familia, a excepción del taciturno Jacob Blum, se desplazaba hasta la campiña con Irving al volante, Billie a su lado e Ida en el asiento de atrás flanqueada por jóvenes chóferes.

El regocijo de Ida aumentó un año después de las nupcias de su hija con la llegada de su primer nieto, una niña. Arlyne –Billie pensó que quedaba muy elegante escrito de aquella manera– era un bebé regordete. No era exactamente hermosa, pero desde el momento de su nacimiento, sus diminutos

rasgos estaban llenos de vitalidad. Ida paseaba orgullosa a la criatura por Broadway, donde era conocida como «la pequeña Arlyne» o «la princesa Arlyne». Para cuando cumplió cuatro años, a la niña ya se le había inculcado la convicción de que lo más importante en la vida era vestirse bien. Su abuela jamás había comprado una prenda confeccionada. Y tampoco su madre, cuyo armario, hasta los albornoces, estaba hecho enteramente a medida. Siguiendo tan elegante tradición, llevaron a la pequeña Arlyne ante *madame* Webber, una pequeña modista rubia, que la atavió con pequeños abrigos y manguitos de terciopelo a juego con sombreros casquete. Arlyne también acompañaba a su madre al salón de belleza de *madame* Berger, que estaba situado en Clinton Street, al final de varios tramos de escaleras. *Madame* Berger, una mujer menuda y pelirroja con el pelo ondulado y lleno de rizos pegados a su cuero cabelludo, manejaba un par de cizallas con las que cortaba y cortaba, ensortijando los mechones y asegurándolos bajo un casco de horquillas. Para cuando había terminado, el pelo fregona de Arlyne se había convertido en una masa ajustada y brillante de rizos esculpidos.

Billie visitaba a *madame* Berger dos veces a la semana para que le tiñera el pelo con henna y la peinara al estilo copete con la ayuda de dos enormes peines de concha. Aquellas visitas no constituían solo un ritual de belleza, sino una misión de reconocimiento para descubrir quién se juntaba con quién, o, más concretamente, quién se acostaba con quién en el Lower East Side. El pequeño establecimiento de *madame* Berger ofrecía servicio a las esposas y novias de los mafiosos, que aparecían a primera hora de la tarde de los viernes y no se perdían de vista. Una cita para peinarse en *madame* Berger ofrecía una manera muy civilizada de espiar a tus enemigos. Y de acuerdo con las reglas prescritas de la guerra, la mayoría de las antago-

nistas fingían civismo. De vez en cuando, alguna sobrestimaba el poder que le confería su posición y metía la pata en el terreno táctico. Un incidente de aquel tipo, que se grabó de forma imborrable en la mitología del Lower East Side, ocurrió cuando la amante de Gurrah Shapiro, cargada con las joyas que le había regalado su famosa conquista, cometió la temeridad de presentarse a la esposa. Esta se levantó y, con una arrogancia fulminante, anunció: «Soy todavía la señora Shapiro».

Billie Weiss, que era lo suficientemente lista como para entender cómo funcionaba el mundo, mantenía una actitud de bien estudiada ingenuidad en relación con el elemento criminal. El término «mafioso» la ofendía. Gurrah Shapiro, Milty Tillinger y Red Levine eran todos «hombres buenos». Y como era posible relacionarse con ellos en un plano enteramente social, no veía necesario saber cómo se ganaban la vida. Por ejemplo, Billie había entablado amistad con la mujer de Red, May, que también acudía a *madame* Berger. Como resultado, los Weiss recibían invitaciones esporádicas a la residencia veraniega de los Levine, un apartamento de alquiler bastante desvencijado con habitaciones conectadas en Atlantic Beach (Long Island). Aquellas tardes, tal como recordaba Arlyne, no fueron muy significativas. Transcurrieron jugando con Murray y Alice, los obedientes niños de Red, mientras que May, una mujer delgada y tísica, guisaba y charlaba con las mujeres en la cocina. Por lo general, los hombres ocupaban el salón situado en la parte delantera de la casa y razonaban a voz en grito. Las discusiones cesaban durante la cena. Los mafiosos judíos nunca hablaban de negocios en la mesa. A continuación, después del postre, Red doblaba la servilleta y anunciaba que tenía que irse a «trabajar». Años después, por la mente de Arlyne cruzó la idea de que debió de ser durante uno de aquellos turnos nocturnos cuando Red Levine empujó a Abe Reles por la ventana del hotel Half Moon.

Si en casa de Billie no se comentaban jamás los negocios de Red, tampoco se comentaban los asuntos de Irving Weiss. Con el tiempo, Irving había expandido su negocio de las rutas turísticas al de localizar y adquirir coches de lujo para clientes ricos. Poco después, él y su hermano Henry abrieron un concesionario de coches en el Upper East Side de Manhattan (lo llamaron Chester Motors por el eterno cigarrillo Chesterfield que siempre colgaba de la comisura de los labios de Irving), y allí comerciaban con modelos de Cadillac y Rolls-Royce. A Irving le gustaba decir que le bastaba con vender un Rolls al mes para tener dinero suficiente para alimentar a su familia. Era demasiado modesto. La familia Weiss vivía de forma extravagante, gastando una fortuna en prendas de vestir hechas a medida y en coches bonitos. Cuatro años después de la llegada de Arlyne, Billie dio a luz a una segunda hija, pero Irving, siempre muy atento con su mujer, jamás permitió que llevara el peso de las tareas del hogar. Alguien vigilaba a las niñas y un conjunto de doncellas negras se encargaban de la casa mientras los Weiss hacían la ronda de los clubs nocturnos de moda.

Irving Weiss engrosó su ya considerable fortuna durante los años de la guerra, cuando consiguió obtener bistecs, huevos, medias y otros lujos, escasos entre la población en general. Arlyne oyó que su padre le decía a su madre que no necesitaba preocuparse por los cupones de racionamiento. Más tarde, al echar la vista atrás hacia aquellos días, Arlyne llegó a la conclusión de que su padre y hermanos, al igual que un tal «tío» Sidney del viejo vecindario de Williamsburg, hacían negocios en el mercado negro.

Durante la guerra, la familia Weiss pasó los inviernos en Florida, donde llegaban en avión privado, cortesía de uno de los «amigos» de Irving. Para Arlyne, aquellas estancias estaban impregnadas de magia. Qué placer bajar del avión en Miami

y sentir cómo el aire caliente y cargado de humedad le acariaba la piel. Arlyne respiraba hondo, porque aquellos días en Miami olían a limpio. Años más tarde, cuando oía los primeros acordes de *Moon Over Miami*, le entraban ganas de llorar y la nostalgia la invadía.

Por lo general, los Weiss alquilaban un pequeño apartamento en lo que en la actualidad es el barrio Art Déco. Billie se tumbaba a broncearse mientras Irving se encargaba de ciertos intereses empresariales. Era dueño de una parte de un bar en Washington Avenue, de Miami Beach. Como el lugar casi siempre estaba atestado de marineros, Irving no le permitía la entrada a su hija mayor. Así que, cada día, ella lo esperaba fuera, bajo la marquesina, y lo acompañaba de vuelta al apartamento. Irving también había invertido en un local nocturno llamado The Paddock Club, un establecimiento igual de sórdido que se jactaba de entretener a su clientela con un cómico malhablado llamado B. S. Pulley. Era un club erótico. Irving y Billie, que estaban acostumbrados a frecuentar garitos con más clase, tenían que aparecer de vez en cuando por allí, básicamente porque uno de los otros copropietarios era uno de los amigos de Lucky Luciano: Giuseppe Antonio Doto, también conocido como Joe Adonis.

Adonis era un tipo distante y, para Arlyne, un completo misterio. Se las ingenió para verlo una noche mientras él esperaba sentado a su padre ante el apartamento. Aunque Arlyne no era todavía una adolescente, la visión del confuso perfil de Adonis a través del cristal tintado del Cadillac despertó en ella cierto interés sexual. Sus marcados y sensuales rasgos parecían tan exóticos como prohibidos. Aunque la cuestión no había sido discutida explícitamente, era evidente que cualquier hija de Irving Weiss se mantendría lejos de los italianos, que eran ampliamente conocidos por aprovecharse de las chicas

judías y contar los detalles de sus conquistas en las esquinas de las calles y en las tabernas de todo el Lower East Side. Por un lado, Adonis era atractivo porque era muy extraño, completamente opuesto a los pálidos mafiosos judíos que merodeaban por Blum and Oxman. Al mismo tiempo, había algo familiar en él. Algo que le recordaba a su padre. No es que fueran parecidos en el aspecto físico. Detrás de aquellos rasgos oscuros y ojos cansados, el corpulento Adonis poco tenía que ver con el delgado, zalamero y presumido de Irving Weiss. Se trataba más de una semejanza en la actitud, de una presencia poderosa e imponente que los hacía, según la expresión favorita de Arlyne, «peligrosos».

Desde que era pequeña, Arlyne había observado que, aunque su padre era hombre de pocas palabras, hacía notar su presencia allá donde iba. Los domingos, cuando llevaba a la familia a cenar al Grotta Azzurra en Mulberry Street, nada más aparecer el Rolls, el aparcacoches les prestaba atención inmediatamente y toda la plantilla empezaba a murmurar: «¡Los Weiss!». Jamás tuvieron que esperar a que les dieran mesa, y los camareros siempre les atendían serviciales, con la mirada baja y el pescuezo torcido en señal de deferencia. Arlyne se estremecía de placer al pensar que estaba bajo la protección de un hombre que imponía respeto.

Aquella sensación se intensificó con el conocimiento de que era la preferida de su padre. Mientras que su madre tenía predilección por Barbara, una niña dulce y delicada a la que habitualmente se refería como «mi Barbara», Irving favorecía a Arlyne. No importaba lo mal que se portase, él se hacía el tonto y parecía incluso disfrutar de la vitalidad que impulsaba aquellas travesuras. Desde pequeña, le había demostrado que confiaba en ella. Aunque no en el sentido de compartir sus pensamientos privados. Cuando una Arlyne de mediana edad

volvía la vista atrás, era incapaz de recordar una conversación larga con su padre. Aquella intimidad más bien emergía de su voluntad de incluirla en las excursiones que realizaba con sus socios más cercanos.

En una ocasión, cuando tenía aproximadamente ocho años, la llevó en un viaje de un día a Palm Island con Red Levine. Incluso a aquella temprana edad, Arlyne era consciente de lo privilegiada que era, puesto que el objeto de aquella salida no era otro que una audiencia con Al Capone, a quien habían soltado recientemente y de quien se rumoreaba que estaba loco. Durante el reinado de Capone como rey del crimen de Chicago, Red Levine había disfrutado de la confianza de Al y había oficiado de mensajero personal entre él y Lucky Luciano. Ahora, con Capone jubilado, le servía como delegado en general, refrescando los lazos del líder caído con el mundo del hampa. Desde la perspectiva de Arlyne, la reunión de su padre con Capone discurrió sin incidencias. Al entrar en la casa, un lugar deprimente con barrotes en las ventanas, Irving le ordenó que se sentara en un banco del vestíbulo. Entonces, se abrió una puerta. No pudo ver quién estaba dentro, pero Red apremió a su padre hacia el interior, diciendo: «Quiero que conozcas a Irving. Ya sabes quién es». La puerta se cerró. La pequeña esperó en el vestíbulo hasta que anocheció. Cuando su padre y «tío» Red salieron, estiró el cuello para ver al tercer hombre, pero la puerta se cerró antes de que pudiera echar un vistazo.

Aunque se excluía así a Arlyne de la zona principal de acción, ella se sentía orgullosa de que la consideraran como uno de los chicos. Con el paso del tiempo, se sintió menos deseosa de compartir el vínculo que tenían su madre y su hermana, del que estaba perpetuamente excluida, y cada vez más atraída hacia la camaradería masculina de su padre y sus socios. Irving correspondió llevándola con él las mañanas de los sábados.

dos al hipódromo Jamaica. Estaban ella, el «tío» Red Levine y a veces «tío» Sidney. Irving los llevaba a todos hasta Queens y estacionaba el automóvil en el enorme aparcamiento. Los hombres la dejaban en las gradas comiendo perritos calientes mientras ellos se ocupaban de sus asuntos en las ventanillas de apuestas. Desde la distancia, Arlyne admiraba a su padre mientras este se paseaba con elegancia entre la multitud con su traje blanco. En aquellos días nadie llevaba traje, excepto Bugsy Siegel. Irving Weiss no ganaba a menudo. No tenía suerte en las apuestas, pero sus pérdidas, aunque a veces eran sustanciales, jamás parecieron ponerle de mal humor.

Cuando Arlyne alcanzó la pubertad, la cena de los viernes por la noche en la casa de la abuela dejó de ejercer aquella llamada irresistible en ella y en ocasiones acompañaba a su padre y a Red a las peleas que tenían lugar en el Madison Square Garden. En aquellos días, la gente se arreglaba mucho y Arlyne aparecía cogida del brazo de su padre ataviada con algo ceñido y con los hombros descubiertos. Secretamente, imaginaba que era la cita de su padre, o si se sentía especialmente osada, su esposa. Irving Weiss, con sus conexiones, siempre conseguía asientos al lado del cuadrilátero. Todo el prestigio que rodeaba a su padre la envolvía. En compañía de los chicos se sentía importante.

Aun así, la intimidad que Irving Weiss ofrecía a su hija siempre presentaba límites, lo que acababa por exasperarla y frustrarla. Y el lugar en que esos límites se imponían de forma más estricta era en los asuntos empresariales de Irving. En un sentido práctico, las puertas de Chester Motors estaban abiertas a todo el mundo. Y los sábados por la tarde, Billie, Barbara y Arlyne a veces recorrían la calle 116 para visitar a los hermanos Weiss. Se ponían sus mejores vestidos para la ocasión, porque a Irving no le gustaba que su familia vistiera de ma-

nera informal en público, y menos en la sala de exposición de Chester Motors, donde los hermanos Weiss se esforzaban por parecer elegantes para mostrar su selección de automóviles. Los suelos estaban cubiertos de baldosas de mármol falso y unos espejos envolvían varias columnas gruesas. Arlyne acabó por llamarlo «el laberinto de espejos».

En cierto grado, las pretensiones clasistas de Chester Motors quedaban desmentidas por su clientela, compuesta por matones italianos de la 116 y de Pleasant Avenue que siempre estaban en el mercado en busca de grandes coches. Después de que terminaran de echar una ojeada a los Cadillac en exposición, a menudo acudían a la oficina de Irving. A través de los altos paneles de cristal, Arlyne podía ver cómo discutían agitadamente con su padre y con tío Henry, aunque no podía oír ni una palabra de lo que decían. Los hermanos Weiss tenían algunos visitantes habituales con los que hacían negocios de forma silenciosa, enérgica e insondable. Entre estos últimos se encontraban James Plumeri y su sobrino, John Dioguardi, también conocidos como Jimmy Doyle y Johnny Dio. Estos dos matones habían sido socios allegados de Lepke y Gurrah, y habían cumplido condenas por extorsión en el Garment District. Johnny y Jimmy parecían haber asumido el rol de protectores especiales de los hermanos Weiss. En una ocasión, cuando robaron en Chester Motors y los ladrones se llevaron el anillo con el gran diamante de Henry, Irving llamó por teléfono a Johnny Dio y, a la tarde siguiente, apareció un sobre con el anillo por debajo de la puerta. En otra ocasión, el hermano de Irving, Joey, robó dinero de la caja fuerte y se fue de la ciudad. A petición de Irving, Jimmy Doyle y Johnny Dio lo siguieron hasta un complejo turístico en las Catskill, donde lo encontraron escondido con una amiguita. Sacaron a Joey a rastras para que se enfrentara a su castigo,

pero Irving, que tenía debilidad por su hermano pequeño, se lo perdonó todo.

Durante años, Chester Motors sirvió como base de operaciones de mafiosos pertenecientes al sindicato de transportes y del sector cárnico. Durante algún tiempo, incluso se lo apropió como oficina un policía de narcóticos corrupto que lo utilizó para recolectar los pagos de sus sobornos. A cualquier hora de una jornada laboral, los hombres del vecindario entraban y realizaban llamadas desde un teléfono de pago que había colgado en la pared. A menudo, el teléfono no dejaba de sonar. El padre y los tíos de Arlyne lo oían, pero nadie respondía. Irving Weiss le había advertido claramente a su hija que no tocara el teléfono.

Una tarde de primavera, cuando Arlyne acababa de inaugurar su adolescencia y se encontraba merodeando por la sala de exposición, el teléfono empezó a sonar. Siguió sonando, y con cada timbrado, la tentación de levantar el auricular fue creciendo. Trató de imaginar quién sería el interlocutor. ¿Jimmy Doyle o Johnny Dio? ¿El policía de narcóticos? Se sintió abrumada ante la urgencia por escuchar la voz. Sin embargo, al tender la mano hacia el teléfono, escuchó la severa reprimenda en la voz de su padre, que gritó: «¡Arlyne!». Apartó la mano. Con una breve orden, Irving la acababa de excluir con firmeza de sus asuntos más íntimos. Así era cómo funcionaban las cosas en la familia Weiss. Puertas que se cerraban de golpe. Espejos que devolvían la mirada. Y timbrados de teléfono que ocultaban secretos.